

la debilidad y en las que sobresalen los curas y las mujeres, le recordaba las anteriores promesas que le habían hecho pasar por ante sus ojos para llevarle á París. Ahora que Napoleon había añadido tan gloriosas adquisiciones á sus antiguas conquistas, «y puesto que él refería á Dios el éxito feliz de sus armas,» se podía esperar «que él reportaría también á Dios el fruto de sus conquistas» haciendo que de ellas participe la Iglesia. «Vuestra Majestad es ahora el soberano de Venecia. Esta extensión de sus dominios en Italia nos hace concebir la risueña idea de que han llegado los tiempos en que querrá ver á la Iglesia recobrar, en fin, esta parte del patrimonio de San Pedro que la revolución le ha arrebatado.» Razonamiento de una lógica irreprochable, y tanto más hecha para exasperar á Napoleon que él se jactaba de haber aterrorizado á la corte romana que parecía poco turbada de esta gran cólera. Por lo demás, esta respuesta llena de *candor*, según la expresión misma del Papa, pero de un *candor* muy estudiado, no le daba medio para emprenderla contra los que se la dirigían.

Esta vez Napoleon deja de lado todo disimulo y arroja la máscara: «Vuestra Santidad,—responde al Papa,—es soberano de Roma, pero yo soy su emperador. Todos mis enemigos deben serlo suyos. No es, pues, conveniente que agente alguno del rey de Cerdeña, que inglés, ruso, ni sueco resida en Roma ó en vuestros Estados, ni que buque alguno perteneciente á esas potencias entre en vuestros puertos... yo debo cuenta á Dios quien ha querido elegir mi brazo para restablecer la religión. ¿Y cómo puedo yo sin lamentarme verla comprometida con las lentitudes de la corte de Roma? Responderán de ello delante de Dios los que dejan á la Alemania en la anarquía, responderán de ello delante de Dios los que retardan la expedición de las bulas de mis obispos... No es durmiendo como yo he reorganizado la religión en Francia y de tal modo que no hay país en donde haga tanto bien y en donde sea tan respetada.»—13 de Febrero de 1806.

Esas singulares expresiones muestran que Napoleon se consideraba ya como algo más que el soberano del Papa, puesto que parecía que no estaba muy lejos de disputarle hasta su título de vicario de Dios. Más celoso por la religión que el Papa, no se olvidaba de demostrarle la superioridad de los servicios que él había prestado á la divinidad, lo citaba

atrevidamente delante del tribunal de ese juez supremo, y llevaba en sus piadosas *pantalonadas* la imperturbable seguridad que tan buenos resultados le había dado con los ulemas del Cairo. Esta perentoria declaración de principios tuvo por comentario y por complemento una comunicación todavía más precisa y más imperiosa que vino á dictar al cardenal Fesch la regla de conducta que debía seguir en el porvenir. Debía requerir inmediatamente la expulsión de todos los ingleses, rusos y suecos que habitaban en los Estados romanos. «No quiero,—decía Napoleon,—que la curia romana se meta en política... Doy orden al príncipe José de que os ayude con mano firme... decís bien que tengo los ojos abiertos, que no se me engaña sino en la medida de que yo lo quiero, que yo soy Carlomagno su emperador, y que debo por consiguiente ser tratado de la misma manera. Y yo doy á conocer al Papa mis intenciones en pocas palabras, si no asiente á ellas, lo reduciré á la misma condición en que estaba bajo Carlomagno.»—13 de Febrero de 1806.

¿Qué había pasado en suma desde ese viaje á París que Napoleon había conseguido á fuerza de tantas instancias, halagos y promesas? ¿Qué culpas podía, después de todo, reprochar á ese débil viejo que tan duramente trataba después de haberle engañado y exaltado dándole las más falsas esperanzas?

Pío VII había negado la disolución del matrimonio de Jerónimo por escrúpulos que podían no ser sinceros, pero de los cuales era sólo juez su conciencia de sacerdote; había además llevado en la expedición de los negocios eclesiásticos, lentitudes probablemente calculadas, pero que en nada excedían sus derechos de soberano espiritual. No eran, pues, los yerros del Papa los que habían llenado la medida, eran las fuerzas de Napoleon que habían prodigiosamente aumentado. Una herida de amor propio y la batalla de Austerlitz, hé aquí todo lo que se había necesitado para hacer á Napoleon implacable con la corte de Roma. Entre el Estado de opresión á que le reducía hoy y una ruina completa, no había mas que una cuestión de tiempo. Desde el momento en que el Papa rehusaba someterse del todo al modo de ver del emperador, se puede decir que su expulsión de Roma era un hecho ya consumado virtualmente; no quedaba para ponerse en obra más que el modo, el pretexto y la ocasión.



## CAPITULO IX

### CONFEDERACIÓN DEL RHIN

Luis Bonaparte en Holanda.—Acude al encuentro de Napoleon en Strasburg.—Repulsa de Napoleon.—Característica repugnancia de los hermanos de Napoleon en entrar en sus planes.—Honradez y desinterés de Luis Bonaparte.—Cómo fué hecho rey de Holanda.—Tiranía de Napoleon.—Creación de principados.—Napoleon y Prusia.—Irritación de los prusianos.—Decláranse todos en contra del tratado de Schoenbrun.—Significado moral y político de la adquisición del Hannover.—Enmiendas hechas al tratado por el rey de Prusia.—Su significación.—Muerte de Pitt: 23 de Enero de 1806.—Sucédele Fox.—Esperanzas de Napoleon.—Quiere atraerse á Fox.—Carácter de Fox.—Cambio de política de Napoleon.—Ya no quiere ceder á Prusia el Hannover sino devolverlo á Inglaterra: 4 de Febrero.—Rechaza Napoleon las enmiendas del rey de Prusia.—Hácese más exigente.—Firma Haugwitz el tratado como quiere Napoleon.—Ofensa mortal inferida á Prusia.—Hace insultar Napoleon al jefe del gobierno prusiano.—Calumnias inventadas contra él.—Exige su destitución.—Retirada de Hardenberg.—Prusia cierra sus ríos al comercio inglés.—Apochérase Inglaterra de 400 buques alemanes.—Revela Inglaterra á Prusia las negociaciones con Inglaterra para la retrocesión del Hannover.—Indignación de Prusia.—Cómo entraron en tratos Fox y Napoleon.—Intervención de lord Yarmouth.—Negociaciones con Talleyrand.—Concesiones.—Negativa formal sobre admitir á Rusia en las negociaciones.—Envía Rusia á París á de Oubril para discutir las condiciones de la paz.—Pretende Napoleon renovar con Inglaterra y de Oubril la táctica seguida con Haugwitz.—Se desentiende de lo pactado con Yarmouth.—Rehusa dejar en paz en Sicilia al rey de Nápoles.—Sojuzga Napoleon á de Oubril: 15 á 20 de Julio de 1806.—Revélase su conducta.—Organización de la confederación germánica.—Disgusto de Fox.—Reprende á Yarmouth por su poca energía.—Asóciate lord Landerdale.—Ofrece Napoleon nuevas compensaciones para el rey de Nápoles.—Villanía de su conducta.—Alejandro I rechaza con desprecio el tratado concertado por de Oubril.—Muerte de Fox: 13 de Setiembre de 1806.—Exigencias de Rusia.—Rómpense las negociaciones.—Prepárase Napoleon para la guerra.—Notifícase á Prusia la constitución de la confederación del Rin.—Renuncia Francisco II la corona de Alemania.—Pretende Napoleon tranquilizar á Prusia.—Instale á que organice la confederación del Norte de Alemania.—Cae Prusia en el lazo.



los grandes feudos de Roma y de Nápoles,—decimos continuando á Lanfrey,—había resuelto Napoleon añadir la Holanda, en donde el gran pensionario Schimmelpenninck no había hecho más que guardar sin saberlo el puesto para un segundo hermano del emperador.

Cuando los anglo-suecos amenazaron la Holanda durante su campaña en Austria, Napoleon envió á su hermano Luis con un ejército que se limitó á tomar posesiones en las fronteras de Westfalia y que se encontró muy pronto disponible á consecuencia

de la batalla de Austerlitz. Luis al saber el paso por Strasburg de Napoleon al dirigirse éste á París bajó á saludarle, pero Napoleon le recibió muy friamente: «¿Por qué,—le dijo,—habéis abandonado la Holanda? ¿Os veían allí con agrado, era necesario que no os movierais!» Luis alegó los rumores que circulaban en ese país de una próxima transformación monárquica: «Esos rumores, no son agradables á esta nación libre y estimable, y tampoco me placen á mí.»

Esta repugnancia de los hermanos de Napoleon